



Bioética global y en salud: el fin de la utopía desde la teoría crítica unidimensional

Marilia Domínguez Bello

Doctoranda en Ciencias Sociales Mención Salud y Sociedad. Odontóloga. Magíster en investigación educativa. Docente. Miembro de la Comisión del Laboratorio de Investigación de Tecnologías de la Información y Comunicación en Salud y Educación. Departamento de Ciencias Morfopatológicas. Facultad de Odontología. Universidad de Carabobo. Carabobo, Venezuela. marilia12@hotmail.com

Recibido: 20/03/2018 Aprobado: 05/05/2018

RESUMEN

Toda ciencia de la salud tiene como sujeto directo de intervención, un ser vivo, por lo que es evidente la elevada demanda y compromiso del componente bioético en el ejercicio de sus prácticas. A pesar del vasto contenido disponible hasta la fecha, en relación a la bioética como teoría, epistemología y metodología, paradójicamente todavía se es espectador del ejercicio de unas ciencias que van caminando divorciadas de los principios de autonomía, beneficencia, no maleficencia, justicia y justicia distributiva, tan ampliamente abordados en el terreno de la salud. Este fracaso no necesariamente vendría dado por el mero incumplimiento de los prontuarios bioéticos por parte de los profesionales, como si se tratase de un asunto exclusivamente de índole personal o individual, inherente a cada actor de la salud. Más bien, si se reconoce que el problema es de carácter masivo y ubicuo, es tarea obligada la búsqueda del o los factores que se pone(n) en juego para perpetuar la condición laxa con la que se asume la bioética en las ciencias de la salud. En este sentido, en el presente ensayo crítico argumentativo, se pretende visibilizar aquella lógica de pensamiento dominante vigente en nuestra era, valorando cómo esta ha repercutido en la operatividad de la bioética en las disciplinas de la salud, a través de una revisión de la teoría sociológica unidimensional de Herbert Marcuse, en la búsqueda de la comprensión en profundidad del porqué se continúa distante de alcanzar aquellas premisas bioéticas que se han mostrado como utópicas; apostando finalmente, por un cambio profundo de la realidad, un pronóstico menos reservado para el futuro de la humanidad y de la medicina, imaginando mujeres y hombres con conciencia bidimensional y construyendo el sólido puente de la bioética entre las ciencias.

Palabras Clave: bioética, ciencias de la salud, teoría crítica unidimensional, sociología.

Global bioethics and health: the end of the utopia from the unidimensional critical theory

ABSTRACT

All health science has as a direct subject of intervention, a living being, so it is evident the high demand and commitment of the bioethical component in the exercise of their practices. Despite the vast content available to date, in relation to bioethics as theory, epistemology and methodology, paradoxically still is a spectator of the exercise of some sciences that are walking divorced from the

principles of autonomy, beneficence, non-maleficence, justice and distributive justice, so broadly addressed in the field of health. This failure would not necessarily be due to the mere breach of the bioethical records by the professionals, as if it were a matter exclusively of a personal or individual nature, inherent to each health actor. Rather, if it is recognized that the problem is of a massive and ubiquitous nature, it is a must to search for the factors that are put in play to perpetuate the lax condition with which bioethics is assumed in the sciences of the health. In this sense, in the present argumentative critical essay, we intend to make visible that logic of dominant thought in force in our era, assessing how this has impacted on the operation of bioethics in health disciplines, through a review of the theory one-dimensional sociological model by Herbert Marcuse, in the search for an in-depth understanding of why it continues to be distant from reaching those bioethical premises that have been shown as utopian; betting finally, by a deep change of the reality, a less reserved prognosis for the future of the humanity and the medicine, imagining women and men with two-dimensional conscience and constructing the solid bridge of bioethics between the sciences.

Keywords: bioethics, health sciences, one-dimensional critical theory, sociology.

Introducción

A lo largo de los años, desde la aparición de la bioética como disciplina emergente, se ha impreso vasto esfuerzo en la generación de diversidad de modelos, esquemas, prontuarios o decálogos en bioética médica o de la salud que responden o se ajustan a los marcos teóricos y metodológicos ya preconcebidos y aceptados, en la búsqueda de la mejor manera de fundar una bioética aplicada a todo aquello que tenga vida. Sin embargo, “el desarrollo vertiginoso de las biotecnologías y las transformaciones de orden axiológico y social que experimenta el mundo hacen verdaderamente difícil articular una prospectiva con mínimas garantías de éxito” (Torralba, 2016). Entretanto, pese a las numerosas tesis y antítesis, se ha de reconocer que la bioética obedece a una máxima ineludible y compartida por todas las diversas propuestas que se esmeran en encontrar el mejor sendero para hacerla posible: amar a la vida misma por sobre todas las cosas, o en el caso que nos ocupa, amar al paciente y velar por su estado de bienestar ante todo.

El camino que lleva a los seres humanos a ser sujetos, tanto de ética y bioética y cumplir aquella máxima, se ha discutido ampliamente. Por un lado, estudiosos de la ética, la moral y la

deontología hacen alusión a que los seres humanos portamos intrínsecamente, como algo dado, innato, inherente a nuestra condición humana, virtudes que se inclinan hacia cualidades como la piedad, misericordia y compasión. Por el otro, también están aquellos teóricos que establecen que el comportamiento moral es una conexión entre lo innato y lo que se adquiere al estar en contacto en sociedad, pues lo social se posiciona como un elemento clave en la constitución del sujeto, su identidad, comportamiento o acciones. Finalmente, un acto moral culminará en la toma de una decisión, que se verá influenciada por un sinfín de factores: modelo de pensamiento reinante de la época, intereses políticos, económicos, culturales o religiosos, y por supuesto, la fidelidad a los principios que abogan por el obrar bien y la capacidad de canalizar y sobrellevar lo social, lo subjetivo o lo subjetivo social.

El reconocimiento de esto último es de gran relevancia para comprender que no basta con la sola multiplicación de estudiosos bioeticistas, las numerosas investigaciones, los diversos encuentros científicos en bioética, y en síntesis, no basta imaginar y apostar por un diálogo de las ciencias, si nuestro modelo de pensamiento reinante (aquel que modela la economía, la cultura, la política y hasta la religión) no tiene

las mismas ambiciones, haciéndose cuesta arriba una mediación o comunicación entre las partes. La bioética pasa a ser utópica, inalcanzable, no materializable. Y, aunque entendemos, como lo hace Sapag-Hagar (2009) que el principal instrumento del que se vale la bioética es el diálogo, el cual promueve la realización de una esencial e ideal comunidad de comunicación y que es a través del diálogo que se lleva a la articulación y resolución de dilemas que se dan por conflictos entre las ciencias y las tecnologías, desafortunadamente, en gran medida, el diálogo parece no haber calado, más allá de lo real aparente, lo que nos obliga a analizar el contexto y las piezas dispuestas en el debate.

En una suerte de sincretismo bioético, el pensamiento fundamentalmente de Fritz Jahr (1927) y Van Ressenanler Potter (1971) se dirigen hacia el nacimiento de una ciencia de la supervivencia, una ciencia que promueva la conservación de la vida, usando el conocimiento acumulado acerca del hombre y su entorno, a favor de la vida, y no al revés. Se trata de un camino positivo, menos errático, bastante distinto del que todavía andamos hoy día. Estos autores fomentan una amalgama de las ciencias, de los saberes que se habían aislado –y se siguen aislando– unos de los otros, y colocarlos racionalmente a la orden y a favor de todo el ecosistema, en respeto de lo biótico y lo abiótico. Es por ello que la potencialidad de la bioética está en su afán por el reordenamiento del conocimiento y la comunicación de los saberes y su conciliación, por tanto, la bioética se pregunta acerca de ¿cómo sobrevivir ante una humanidad ciega y volcada hacia intereses propios e infiel o no adepta a los principios que rigen lo moral? ¿Cómo contener a aquellos que con poder para dominar, ignoran o desestiman el ideal común de amar y respetar toda forma de vida?

Cuando el ser humano no puede o se hace incapaz de lidiar/cohabitar con otros seres humanos, con otros seres vivos y con la Madre

Naturaleza, haciéndose prácticamente inviable la convivencia entre ellos y arriesgando su propia existencia –en condición de humano–, surgen estas ideas refrescantes, que hacen ver la posibilidad de un mundo mejor, de una comprensión mutua o sinérgica, en el intento de establecer diálogos entre las partes: objetividad/subjetividad, ética/política, instrumentalidad/humanidad, ciencias naturales/ciencias sociales y un largo etcétera de dualidades, que han reducido significativamente un amplio repertorio de posibilidades de la existencia. Tal como lo refieren Roa-Castellanos y Bauer (2009), Potter indicaba que:

La Bioética, además de ser un puente transgeneracional en el tiempo, es un enlace entre ciencias sociales y ciencias naturales, entre ciencia y humanidad, las cuales fueron vistas como las “dos culturas”, aparentemente incapaces de dialogar entre sí, que la nueva disciplina bioética se dispuso a persuadir para reconciliar (p. 6).

En este sentido, la bioética es eso, una disciplina que se formó y se sigue formando para la persuasión hacia la reconciliación de los extremos. La bioética parte de la esperanza de compartir un bien común que va más allá del antropocentrismo, para hacerse extensiva a la Naturaleza y a todos quienes habitamos en ella. Parafraseando a estos mismos autores, el sentido de búsqueda de bien común –no sólo humano–, el aludir a la Tierra, animales y plantas, a la integración del ser humano como bisagra para el equilibrio terreno, y a la figura conceptual de los procesos comportamentales humano-naturaleza como acción en curso –modificable– a partir de cambios de conciencia.

El comprender el rol que juega la humanidad toda –mujeres y hombres– en la producción y reproducción de conocimiento, en el mantenimiento del statu quo, en la preservación de la alienación y cómo esta realidad nos

condena a un mundo de ilusiones y de cambios superficiales y no trascendentales en la consolidación genuina de los preceptos que soportan la bioética, es el punto de encuentro de este ensayo, cuya pretensión consiste en visibilizar el obstáculo de envergadura que atraviesa la bioética –y en realidad, la vida misma– que no permite su significativa consolidación en el terreno de lo práctico, de la cotidianidad, de los hechos.

Está más que documentado que la bioética persigue como propósito el establecimiento de auténticos lazos, entre las ciencias naturales y las sociales, en la que una pueda definir a la otra y viceversa, delineando y delimitando sus alcances, siempre en una constante reciprocidad, pero ¿Este lazo es finalmente posible?.

En el caso que nos ocupa, de las ciencias de la salud y la bioética aplicada a éstas, no se ha de creer que porque existe un repertorio jugoso de textos en bioética médica con variadísimas propuestas metodológicas, códigos deontológicos, reglamentos y leyes, se ha de asumir que el mayor desafío u obstáculo que enfrenta la bioética en medicina y afines, es el cumplimiento de tales prontuarios. Más bien, este cumplimiento sería una consecuencia de lo que debemos apostar: un viraje en la lógica de pensamiento.

Es por tanto, intención de este ensayo, dar cuenta de que el cientificismo todavía hace estragos en nuestra era, impidiendo que se alcancen aquellos principios éticos en biomedicina de Tom Beauchamp y James Childress, a saber: autonomía, beneficencia, no maleficencia y justicia (Beauchamp y Childress, 2001), que urgen sean considerados en todo acto médico o de la salud.

Es propio y urgente, traer a la mesa de discusión aquello que pocos mencionan, quizás porque estos temas de carácter sociológico, filosófico y epistemológico no son abordados con ahínco en los encuentros científicos entre médicas/os,

odontólogas/os, bioanalistas, enfermeras/os, veterinarias/os, entre otras/os; tanto como si se abordan temas clínicos y epidemiológicos. Y, es quizás por ello que, no se avanza significativamente en materia de ética en la salud.

El llamado de la bioética en ciencias de la salud apuesta por la consideración de todo aspecto ético en las diversas situaciones en el marco del ejercicio profesional de salud.

Esto se basa fundamentalmente en no causar daños y hacer el bien al paciente, aumentando los beneficios y reduciendo al mínimo los prejuicios hacia el individuo, dándole aquello que corresponde conforme a lo que se considere correcto en el campo de la salud (Domínguez, 2014).

Sin embargo, pese al esfuerzo reunido a lo largo de los años, no se puede afirmar que estamos en la era del cambio y que finalmente la bioética ha cumplido su cometido en la medicina, o en el sector salud.

Nos proponemos ensayar aquí, algunos argumentos que pudieran aproximarnos al porqué de esta realidad, atendiendo a la perspectiva teórico-crítica de Herbert Marcuse, un distinguido sociólogo de la Escuela de Frankfurt, orientado hacia el pensamiento crítico, opositor acérrimo de aquella racionalidad instrumental que surgió a partir de la Revolución industrial y que hasta ahora en nuestro siglo se mantiene con especial vitalidad. Su aporte hacia el despertar de la crítica de lo dado, el poder de la negación y el rechazo a los valores utilitaristas como elementos que atrofian nuestra conciencia como actores socio-históricos, capaces de intervenir en nuestra realidad social, se consideran como los ejes centrales de este ensayo, en el intento de desvelar lo que encubre el éxito en la construcción del puente de la bioética integral – y médica– y su consolidación.

El mundo unidimensional en el que hacemos vida, según Herbert Marcuse

“Desde el siglo XVIII ha habido una fuerte creencia, en la cultura occidental, acerca de que el mejoramiento social llegaría con la extensión del pensamiento racional a todos los dominios de la vida humana y social” (Osorio, 2014). Con el advenimiento de la Revolución industrial y todo lo que trajo consigo el inicio de la era tecnológica, desde la creación del reloj como instrumento de orden, se dio paso a la instauración de una estructura social hegemónica basada en la objetividad, la neutralidad valorativa y el afán por la explotación de la Madre Naturaleza, de los animales y plantas, de los hombres en desventaja, de los niños y por supuesto, de las mujeres. En resumidas cuentas, una estructura basada en la explotación. Tal estructuración consistió y consiste, según Lander (2008) en:

La separación entre cuerpo y razón, sujeto y objeto, cultura y naturaleza, como sustentos necesarios de las nociones del progreso y del control/sometimiento/explotación de una naturaleza objetivada como otro externo a la experiencia humana, que nos conduce en forma acelerada a la destrucción de las condiciones que hacen posible la vida en el planeta Tierra (p. 35).

Explotar es entonces, el resultado de la dominación y el que explota es el que domina en nombre de un supuesto progreso, avance y bienestar social. Asimismo, este autor destaca de la estructura, su “carácter mecanicista y determinista y su búsqueda de certidumbre en un mundo caracterizado por la complejidad y el caos”. Comienza a impactar todo un pensamiento utilitarista en todas las áreas del conocimiento, incluyendo por supuesto, el área de la salud, la cual parte de la biología, ciencia

primera que se desarticula y fragmenta a raíz de este pensamiento de dominio pragmático. El conocimiento o la ciencia como forma de poder, es en suma un recurso de dominación que podrá vacilarse como instrumento tanto de construcción, como de destrucción, o más bien, como instrumento para obrar bien colectivamente o no.

Conforme pasa el tiempo desde aquellas épocas, se engendran nuevas ideas de unos pocos teóricos críticos, movidos por la necesidad de buscar otros caminos y otras aproximaciones en el modo de relacionarse con la naturaleza, con los seres humanos, la mujer y el hombre, en una suerte de oposición a lo históricamente establecido. Se desgasta la idea de la racionalidad instrumental vinculada al progreso de las sociedades, y quizá, de alguna manera, “esa fe ha sido retada a medida que nuevos conceptos acerca de la racionalidad han probado no ser lo suficientemente fuertes y comprensivos para abordar la variedad de problemas y asuntos de la vida humana y social” (Osorio, 2014). Tal desgaste de este paradigma se evidenció y se ha discutido ampliamente a lo largo de los años, sin que esto signifique que se haya abolido, y es que, de eso se trata, están allí los detractores de la razón instrumental; un conjunto opositor a esta corriente de pensamiento que atenta contra la vida misma y que dirige la actividad humana global aun en esta era. Pero, son algunos pocos luchando contra una maquinaria que ostenta el poder para dominar, someter y subordinar.

Una maquinaria que bajo los lemas y consignas de luchas sociales justas y progresistas –en surgimiento de aquellas antítesis ante la racionalidad instrumental y del progreso basado en el cientificismo y en la explotación de la naturaleza– se aprovecha para enmascararse e infiltrarse, actuando de manera sigilosa, sin que la masa tan siquiera sospeche su estado de subordinación. Esto es lo que Marcuse denominó como *hombres unidimensionales o masa unidimensional*.

A través de la teoría social crítica, este sociólogo nos ubica en contexto y nos hace tocar tierra, definiendo ya desde aquellos tiempos, una terrible realidad: la enajenación de nuestra conciencia, de nuestra cultura primera. Aquella que existió antes del avasallante progreso tecno-industrial y que se perdió en el camino, asimilándose con la nueva cultura instrumental, fusionándose, solapándose o más bien, *uni-dimensionándose*, haciendo de la nueva cultura, la cultura en sí misma, sin dejar rastro de la anterior, sin extrañarla, o sin siquiera sospechar de su existencia previa. Esta asimilación de culturas, solo es posible cuando se ponen en juego los poderes de la élite, cuya inteligencia se esmera en mantener a la masa insospechadamente sedienta de alcanzar lo prometido, brindándole la falsa sensación de bienestar, en nombre de un sistema avanzado, científico, progresista y justo.

Cuando la masa no es capaz de conjeturar acerca del estado dado de las cosas y se conforma de aquella realidad preestablecida, se estará en frente de una sociedad unidimensional, que no imagina otro mundo posible, no ambiciona una realidad mejor, no cuestiona las verdades que se le han dicho o impuesto ¿Estamos entonces todavía en una era unidimensional? ¿Hasta qué punto hemos trascendido del modelo hegemónico de la razón instrumental que repudia este autor? ¿Trascendimos de ella o en su lugar, ella trascendió? Esta última interrogante resulta interesante para intentar dar respuesta a las anteriores, por cuanto estamos en la actualidad en la era de la información, en la que la invisibilidad es sinónimo de muerte (Bauman, 2007), si antes solo nos referíamos a productos inertes para la venta, ahora el concepto de mercancía ha trascendido, pues tiene vida. Estamos todas/os puestas/os como piezas en un juego de marketing, en el intento de no disolvernarnos socialmente, de no ser un producto sin rostro. A través del cuerpo, se venden estilos de vida, alimentación, outfits.

La sociedad tecnológica actual se convierte en producto con miras a ser admirado, comentado, deseado, comprado, o desechado. Y allí se establece una sensación de bienestar, en la medida que se pueda comprar/vender algo de esa mercancía. Pero lo que la masa desconoce es que tras aquella falsa sensación de bienestar, se encuentra toda una lógica de poder que nos mantiene atrapados u ocupados, sin imaginar lo que está en riesgo en un futuro: la vida misma, el verdadero bienestar, la humanidad y el planeta. Y, precisamente, estas son nuevas formas de dominación y control social, que en resumen, es lo equivalente de lo propuesto por Marcuse: Hoy en día, “la música del espíritu es también la música del vendedor. Cuenta el valor de cambio, no el valor de verdad. En él se centra la racionalidad del statu quo y toda racionalidad ajena se inclina ante él” (Marcuse, 1964).

Aquí cobra un papel importante el aparato ideológico de este paradigma de mercado, los llamados jinetes ideológicos: la iglesia, la escuela, los medios de comunicación y las leyes que cabalgan nuestra racionalidad y nuestra capacidad de distinción entre realidad y fantasía.

Un aparato movilizador de una ideología que se traduce en prácticas sociales que se han hecho cotidianas, normales y naturalizadas, mediante los medios de comunicación, pues en efecto, los comerciales “venden, confortan, excitan”.

En palabras de Marcuse (1964): “Si las comunicaciones de masas reúnen armoniosamente e inadvertidamente el arte, la política, la religión y la filosofía con los anuncios comerciales, al hacerlo conducen estos aspectos de la cultura a su común denominador: la forma de mercancía”. Todo ello un reflejo de nuestra sistema social actual. De manera que este sociólogo, según Lorenzo (2011) demostró:

Cómo la asociación entre una ciencia tradicional alienada de contenidos morales con una racionalidad

instrumental hegemónica orientó también la formación del complejo tecnológico-científico-industrial, uniendo definitivamente la industria y la universidad en la producción del conocimiento a través de una interacción mediada de los intereses del mercado y sus Estados protectores, y creando una sociedad industrial, que él denomina unidimensional (p. 122).

La crítica de Herbert Marcuse se enmarca dentro de la perspectiva de la teoría crítica que preconizaron Theodor Adorno y Max Horkheimer, la cual tuvo como sendero la crítica al predominio de la razón instrumental basada en su relación entre medios y fines. Estos sociólogos, epistemológicamente critican al positivismo, por su posición mecanicista que concibe a la sociedad como una máquina o como un órgano viviente que tiene órganos, funciones, estructuras y flujos (Yuni y Urbano, 2005).

Tal como se concibe al sujeto desde lo biológico y desde la biomedicina. El ser humano por tanto es concebido como un objeto, que a su vez está compuesto de partes y bajo esta perspectiva omnipresente, estaría condenado a estar determinado por lo preexistente en su mundo social, sin elevada esperanza de hacerse consciente de su rol como agente social, sin la lucidez suficiente para captar la/s otra/s dimensión/es del mundo en el que habita.

Ese término de *unidimensionalidad* se refiere al hecho de que “esa nueva racionalidad tecnológica pasa a ejercer control sobre las conciencias haciéndose incuestionable, y causando una mecánica de conformismo, que impide una postura crítica en relación a los avances tecnológicos y científicos” (Lorenzo, 2011). De allí que la teoría crítica sostiene que:

El acceso a las formas de representación de sí mismos y de lo

social a través de los significados tiene la dificultad de que la adquisición de esos significados son producidos en condiciones de arbitrariedad, desigualdad o constricciones de la estructura social, de las cuales el sujeto no es consciente y por lo tanto, su comprensión del mundo está distorsionada. Por consiguiente, la visión del actor social que postulan las teorías apoyadas en el paradigma crítico, se oponen a las que explican la constitución del sujeto, como determinado o producido por las estructuras sociales o que consideran al sujeto como una entidad ideal sin un anclaje real (Yuni y Urbano, 2005; p. 133-134).

La crítica a la razón unidimensional de Marcuse se centra en la ausencia de comprensión de una realidad moral, en cambio, esta dimensión se ve aplastada y comprimida por el aparato tecnológico.

El modelo newtoniano, cartesiano y matemático utilizado para dar explicación y utilidad a la naturaleza arrasó todas las esferas posibles, llevándose por delante cualquier otra idea de concebir la vida en la Tierra y esto ha resultado en una marcada distancia entre la verdad y bien, en otras palabras, entre ciencia y ética, tecnología y bienestar social y colectivo. En ideas de Lepe Carrión (2009):

El camino a la constitución de una sociedad futura está según Marcuse, en la concepción de una técnica que converja con el arte, es decir, en una revalorización del aparato técnico bajo una nueva perspectiva de sensibilidad, en que la naturaleza ya deje su carácter de hostilidad (p. 9).

Los hombres unidimensionales inmersos en su realidad solapada o camuflada, no se resisten o

peor aún no detectan su condición de seres encadenados a un sistema en donde lo que cuenta es el valor de cambio, al respecto Marcuse (1964) expresa:

Las prescripciones para la inhumanidad y la injusticia están siendo administradas por una burocracia racionalmente organizada, que es, sin embargo, invisible en su centro vital. El alma contiene pocos secretos y aspiraciones que no puedan ser discutidos, analizados y encuestados. La soledad, que es la condición esencial que sostenía al individuo contra y más allá de la sociedad, se ha hecho técnicamente imposible. El análisis lógico y lingüístico demuestra que los antiguos problemas metafísicos son problemas ilusorios; la búsqueda del «sentido» de las cosas puede ser reformulada como la búsqueda del sentido de las palabras, y el universo establecido del discurso y la conducta puede proporcionar criterios perfectamente adecuados para la respuesta. Es un universo racional que, por el mero peso y las capacidades de su aparato, cierra todo escape (p. 101).

Estas tendencias han propiciado un nuevo modo de pensamiento y comportamiento –ya no tan nuevo evidentemente– el cual va en dirección opuesta de la cultura tradicional, reprimiendo toda clase de aspiraciones e ideas de aquella forma de racionalidad previa. Sobreviene entonces, es el debilitamiento e incluso la desaparición de algún germen de crítica ante la realidad y en su lugar, lo que sucede es la integración, cada vez más profundizada, de lo todo lo que pudiera oponerse con el sistema establecido (Marcuse, 2013).

Esto es según Marcuse (1964) “una asimilación de lo ideal con la realidad, pero el ideal ha sido

sobrepasado, perdiendo gran parte de su verdad”. En otras palabras:

El nuevo aspecto actual es la disminución del antagonismo entre la cultura y la realidad social, mediante la extinción de los elementos de oposición, ajenos y trascendentes de la alta cultura, por medio de los cuales constituía otra dimensión de la realidad. Esta liquidación de la cultura bidimensional no tiene lugar a través de la negación y el rechazo de los valores culturales, sino a través de su incorporación total al orden establecido, mediante su reproducción y distribución en una escala masiva (p. 87).

Los medios de comunicación masivos pasan a constituir el centro vital de los individuos unidimensionales y como tales, solo validan como lo real, lo que estos les ofrecen, lo que estos les venden. Todo aquello que trate de una dimensión extra-tecnológica o extra-mercado, no es tan siquiera pensado por estos individuos de *encefalograma plano*, no existe por tanto, la visibilización de otras dimensiones, no surge la crítica social u oposición a lo ya establecido o concebido como natural. La alienación es tal, que esta dimensión no existe, no se aspira al goce del progreso del espíritu, todo se resume en el goce del progreso tecnológico-industrial científicista. Entonces, ¿Qué sentido tiene hablar del principio de autonomía en un mundo con prejuicios ya establecidos, con escasa o nula posibilidad de transformarlo? Tal como lo refiere Marcuse (1964):

La obtención de la autonomía exige condiciones en las que las dimensiones reprimidas de la experiencia puedan volver a la vida otra vez; su liberación exige la represión de las necesidades y satisfacciones heterónomas que organizan la vida en la sociedad.

Cuanto más altas hayan llegado a ser las propias necesidades y satisfacciones del individuo, más aparecerá su represión como una fatal privación. Pero gracias precisamente a este carácter fatal, pueden crear el primer prerequisite subjetivo para un cambio cualitativo; éste sería la redefinición de las necesidades (p. 274).

Como se infiere, la sociedad industrial avanzada genera de manera intencionada falsas necesidades, las cuales formarán parte del individuo al estar inmerso en el sistema de producción y consumo que promueven los medios de comunicación masiva. Para Bauman, (2007):

Mientras que los argumentos de la sociedad de consumo se basan en la promesa de satisfacer los deseos humanos en un grado que ninguna otra sociedad del pasado pudo o soñó hacerlo, la promesa de satisfacción solo conserva su poder de seducción siempre y cuando estos deseos permanezcan insatisfechos (p. 70).

De esto se trata el círculo vicioso de la era tecnológica que insiste y se empeña cada vez más en alimentar y crear a la sociedad un buen arsenal de falsas y construidas necesidades, difícilmente posibles de satisfacer. En ideas parafraseadas de Bauman (2007); si los individuos tuviésemos un umbral bajo de sueños e ilusiones, así como fácil acceso a los bienes necesarios para alcanzar ese umbral y la convicción de que existen límites, difíciles o imposibles de negociar, para las necesidades genuinas y los deseos realistas, estaríamos en un mundo capaz de oponerse y discernir entre lo ideal y lo real.

En cambio, sucede que como esos son los enemigos más temibles de una economía orientada al consumo, es imprescindible

condenarlos al olvido. Todo ello se traduce según Marcuse, en una lógica instrumental que opera a su merced, sin contendores que la detengan, porque aparentemente todos están felices en el espacio que ocupan, satisfechos en la medida que sus falsas necesidades sean medianamente atendidas.

La bioética en la práctica sanitaria bajo el enfoque unidimensional

Las premisas éticas que rezan que la ciencia, la técnica y el progreso deben estar al servicio del hombre, que se debe tratar a los demás como a uno le gustaría que lo trataran, que no todo lo que es técnicamente posible puede considerarse moralmente válido, que el fin no justifica los medios y que la vida humana es inviolable (Domínguez, 2014) constituyen el epicentro de esta disciplina y aún con su marcado surgimiento e interés de una parte del mundo científico, llama poderosamente la atención que no se termine por comprender lo que se encuentra detrás de su inoperancia en los actuales momentos y que aún no se propicie el resquebrajamiento de esta lógica de pensamiento, en la que somos objetos e instrumentos de dominación.

Evidentemente en el campo de la ciencia de la salud, la práctica sanitaria es:

Una actividad ejercida por personas, que tiene como objetivo el beneficio de todos aquellos a los que se dirige; es una ciencia que al precisar de la relación entre personas, siempre deberá tener una dimensión ética y no existe por tanto neutralidad (Gamero, 2005; p. 233).

Hoy día es notoria, la multiplicidad de problemas derivados de la excesiva tecnificación, que mal conducida, según Marcuse, se resumen en enfermedad, muerte y destrucción. Son ejemplos claros de nuestra era,

desde el punto de vista de los problemas que abarca la bioética en su totalidad: la amplia y desmedida destrucción ambiental con la acumulación de basura, la contaminación del agua, el manejo inadecuado de desechos tóxicos, la contaminación sónica, la rápida caducidad de los productos sintéticos, además de la no proporcionada distribución de los recursos, donde a estos tienen acceso una minoría y existe una mayoría vulnerable desde el punto de vista de crecimiento y desarrollo de la vida humana digna; uno de tales recursos viene a ser el agua, indispensable para la vida toda y tan restringida para muchos en el mundo.

Para que todo este caos sea posible y muy pocos estén batallando contra esta realidad, debe existir un estado de alienación de nosotras/os, mujeres y hombres, incapaces de dar cuenta de nuestro adormecimiento cultural, de nuestro estado de conformismo con aquello que se nos ha dado por conocer, y de la macabra realidad de ser simples espectadores de cómo se destruye la vida y aun así, no lo divisamos.

Si se dirige la mirada al campo de competencia sanitaria, no será muy difícil identificar cómo se hace visible la teoría de la unidimensionalidad de Marcuse, cuando se observa una marcada conducta mercantilista de los profesionales, al considerar los tipos de seguro, por encima de la vida humana misma, al clasificar los tratamientos ofertados según clase o grupo social, la continuación de los ensayos clínicos en grupos sociales desfavorecidos, la relación paternal entre profesionales de salud y pacientes, así como la escasa comunicación o *rapport* entre las partes, la calidad de consulta en función del tiempo y el ingreso, y un largo etcétera.

Para los profesionales será muy natural y propio de nuestra era –aunque desde los libros y revistas de bioética se escriban preciosos párrafos de cómo es el deber ser de un facultativo de la salud– asumir a los seres humanos que atienden como *clientes*, en lugar

de pacientes, evidentemente dentro de una lógica de mercado que se lleva por delante lo más sagrado de la humanidad: su dignidad.

Entretanto exista todo lo mencionado, ¿podemos jactarnos del éxito y operatividad de la bioética más allá de la capacidad de resolución de los dilemas que se puedan presentar en el acto sanitario clínico? En efecto, estos constituyen algunos de los desafíos de la bioética en la actualidad, pero solo algunos. “La ausencia de visión crítica de gran parte de la comunidad científica y de gestores de salud pública en cuanto a los avances tecnológicos recientes, pueden ser resultado de los mecanismos de conformismo dentro de esa sociedad unidimensional” (Lorenzo, 2011).

Esta realidad se hace palpable desde el ejercicio médico, por ejemplo, con el uso inadecuado de equipos tecnológicos, donde se realizan exámenes complementarios conscientemente innecesarios para el paciente, pero que resultan rentables para el médico o para la institución o empresa. La inoperancia de la bioética en el campo de la salud por tanto, supone la continuación marcada de la tendencia curativa sobre la preventiva, la monopolización del conocimiento, la concepción de la salud como mercancía, la culturización de una asistencia médica poco comunicativa y la promoción del cientificismo. La bioética cuestiona todo esto pero aun así, no se detiene, no se transforma esta realidad social no deseada.

Comprender la necesidad de espacios auténticos de intersección entre la relación Humanidad-Naturaleza no es simplemente uno de los desafíos que enfrenta la bioética. Es cuando menos, el mayor desafío, por cuanto del hecho de vislumbrar la lógica de pensamiento que hace efectivas todas las actividades humanas en la Tierra, se acabará por entender que todos los problemas derivan de la racionalidad del paradigma científico hegemónico que controla, subordina y domina la totalidad del orden social establecido. Así, bajo el paradigma que nos

regula aun en la actualidad, han surgido y surgen propuestas como la de Tristan Engerhardt, la cual sostiene “filosóficamente la inexistencia de un derecho a la salud para justificar la privatización de los sistemas de salud y el cuerpo como propiedad privada para justificar la venta de órganos” (Lorenzo, 2011).

Desde el punto de vista del hacer ciencia, se puede evidenciar una mayor atención, interés e inversión de las instituciones, en aquellas investigaciones que signifiquen la consecución de resultados utilitaristas –posibilitando algún provecho en términos económicos que redunden en rentabilidad, lucro, producto, ganancia–, que aquellas que se inclinan por el cambio, la emancipación y la consecución de bienestar colectivo. Esta instrumentalidad del saber científico que obliga a preguntar siempre para qué sirve, no puede desligarse del núcleo mismo de la objetividad, como esencia positivista, atando a la ciencia al proceso histórico-material en el cual cobra su función como instrumento social (Galafassi, 2004). En la biomedicina actual, se tiene claras tendencias investigativas que redundan en lucro: estética y antienvjecimiento, infertilidad, higiene del cuerpo, etc.

Por tanto, lo que ha resultado de la bioética, especialmente en el terreno médico, es en suma, alguna suerte de obediencia de imperativos, como un prontuario de normas que sin reflexionar sobre ellas, deben acatarse; incurriendo así, en el grave error de tomar por el todo, las partes; siendo que la deontología es solo una fracción que se deriva de la bioética, que establece normas o pautas a cumplir, con el fin de mantener un mínimo acuerdo común en la sociedad. Bajo estos términos, Neves citado por Castillo (2005) refiere que:

La tradición empírica, pragmática y utilitarista angloamericana hace surgir una bioética de una orientación individualista, sensible a valorar deberes y derechos de las personas

tomando un enfoque hacia los microproblemas de naturaleza relativista y consecuencialista. La filosofía europea tiende a basar la orientación de la bioética en diferentes corrientes filosóficas entre las que desatacan la fenomenología, el existencialismo y la hermenéutica lo cual se dirige hacia lo social dando énfasis a la equidad y poniendo acento sobre los macroproblemas con una orientación racionalista y deontológica (p. 40).

Desde este marco de referencia, es oportuno propiciar las discusiones que hacen un llamado a trascender de estos modelos de pensamiento que continúan dejando sin respuestas, los problemas que enfrenta la vida, la medicina y la práctica sanitaria en salud. Marcuse nos coloca sobre el tapete, la necesidad de movilizar nuestra conciencia en la realidad de la que somos parte, proponiendo para ello, la teoría crítica social, como camino para alcanzar lo soñado.

Imaginando la bioética integral y en salud bajo un mundo bidimensional emancipado

“La bioética es un diálogo interdisciplinario que tiene como finalidad esclarecer los problemas y hallar soluciones viables y razonables a los problemas de gestión y administración de la vida en todas sus distintas formas y fases de desarrollo” (Abel, 2001; citado por Torralba, 2016). Sin embargo, la ciencia, la tecnología y la innovación no necesariamente van en relación estrecha con los principios éticos, o mejor aún con ese concepto que se acaba de prescribir. Al respecto, Castillo Valery (2005) comenta:

Los importantes desarrollos ocurridos en las últimas décadas en el campo de la ciencia y de la tecnología han conducido a logros positivos en lo

relativo a la calidad de vida y a la expectativa de la misma al nacer, particularmente en ciertos estratos poblacionales y sobre todo en los países desarrollados; y por el otro, también han dado lugar a problemas surgidos de la excesiva tecnificación, más aún cuando ésta ha dejado de lado los valores humanos (p. 18).

En otras palabras, la ciencia que marcha por sí sola, y no de la mano de un marco teórico-epistemológico-metodológico en *bioética bidimensional*, no es capaz de medir sus alcances, conocer sus límites, considerar el entramado social que interviene en su acción. ¿Cómo hacer posible que la bioética ponga en marcha sus mecanismos de diálogo y mediación entre las partes? Desde la óptica de Marcuse, solo cuando podamos trascender de lo existente e imaginar un mundo diferente y mejor, siendo sensibles de que las creencias, valores y normas de este pensamiento que controla las prácticas sociales compromete la libertad y felicidad humana. Todo ello, a través del poder del pensamiento; “el pensamiento como forma de negación de aquello que se presenta ante la sensibilidad como algo inmediato e incompleto” (Vega Carballo, 1970), asumiendo que los hechos no encierran en sí la verdad. En la medida que mujeres y hombres nieguen su realidad, se generará un movimiento subversivo, que sin saber cómo ni cuándo, pudiera terminar por transgredir ese esquema de pensamiento.

En este punto, es necesario proclamar a gritos *¡urge que la ciencia se detenga ante lo moral!* La bioética en conciencia bidimensional vendría a ser el puente mediador, entre la ciencia y la humanidad; el elemento de la salvación ante el abrumador huracán de la ciencia y la tecnología que amenaza con extinguir lo viviente en la Tierra. Pero “para lograr la transformación física del mundo, es necesaria la transformación mental de sus símbolos, imágenes e ideas” (Marcuse, 1964). Es por ello que vale la pena mencionar algunos postulados planteados por

Marcuse, para transitar por su teoría crítica social:

- Se debe considerar la realidad como producto determinado por la interacción de los hombres.
- Se debe reconocer lo establecido para marchar hacia adelante, y alcanzar así, la superación.
- Debe haber oposición a la simple contemplación de lo existente, al contrario, se debe negar lo existente para transformarlo.
- Lo existente es apariencia, en tanto no movamos la conciencia hacia lo que existe.
- La autonomía y la crítica constituyen los únicos medios para someter a juicio la estructura de lo dado.
- Se debe partir de la diferencia entre actualidad y potencialidad.
- Evidentemente, se propiciará un conflicto de fuerzas e intereses entre los que abogan por el estado anterior y los que desean uno posterior.

Es momento de establecer alternativas frente al statu quo, discerniendo y alertando, estando comprometidos con la afirmación de la vida y teniendo como bandera que “lo que se presenta ante nuestros sentidos podría perfectamente existir en otra forma también, existiendo una estrecha relación entre lo dado y lo posible” (Marcuse, 2000). De manera que podemos dar un giro, un salto que nos muestre un abanico de posibilidades, como diría Hegel citado por Vega Carballo (1970) “la posibilidad es realidad y lo posible debe existir como contenido reprimido en la realidad inmediata”. No debemos asumir la realidad como inmutable, invariante o acabada, somos agentes capaces de transformarla. Como agentes sociales, tenemos la capacidad física, intelectual y moral de elegir lo que queremos para nuestro mundo de vida. Podemos actualizar nuestra realidad, nuestras relaciones sociales políticas, económicas y culturales. Para ello, habría que buscar en uno mismo el verdadero significado de la vida, esto es, “la celebración de la personalidad autónoma, del humanismo, del amor trágico y romántico, lo equivalente a rescatar toda una etapa anterior

del desarrollo” (Marcuse, 1964). ¿Estamos listos para el cambio? No imaginemos algo utópico, más bien valoremos las amplias posibilidades reales de alcanzarlo. Hoy día es menester, sobrepasar los obstáculos para alcanzar una bioética que en ideas de su fundador Fritz Jahr, reúna un mínimo de principios tácitos: diálogo, humildad e interdisciplinariedad (Jahr, 1927).

La bioética como disciplina emergente, desde el plano teórico ha hecho un llamado hacia la integración de la ciencia y la humanidad, actuando como aquella que interviene entre las intenciones o intereses de cada una de las partes, esto es que, la bioética vendría a ser el “viaducto” que conecta o enlaza ambos polos, los cuales han jugado a estar cada vez más distantes, siendo que la ciencia no tendría sentido sino gira alrededor del eje de la humanidad. De modo que la bioética, especialmente en el área de ciencias de la salud, nace con la finalidad de servir de mediadora o conciliadora, para denotar lo que es realmente beneficioso para el ser humano-paciente y mantener al margen aquello que no supone serlo; en la búsqueda de la tan ansiada entendimiento, convenio, negociación y diálogo que tanto requiere nuestra realidad actual. En palabras de Torralba (2016), es por ello que:

Se impone la necesidad de articular una bioética social de carácter global que trascienda los debates internos de los países más desarrollados del planeta y que tenga como objeto formal de reflexión el desarrollo de una vida digna sobre el planeta, más allá de las fronteras entre norte y sur y las pertinencias nacionales (p. 4).

La bioética es un nuevo pensamiento que introduce un orden diferente, que siguiendo los postulados de Marcuse, hace un llamado hacia la distinción entre falsa y verdadera conciencia y esto solo se puede hacer al experimentar la necesidad de cambiar la forma de vida, de negar lo positivo, de rechazar, de reaccionar, despertar

y hacerse conscientes de que la tecnología ha servido también para instituir formas de control social y de cohesión social con tendencia totalitaria (Marcuse, 1964) y que ésta tiene una fuerza impresionante de minar e invalidar cualquier otro pensamiento que disienta de éste. Este pensamiento nos hace una invitación a la construcción de una nueva racionalidad, otras formas de relaciones sociales, de interactuar con lo humano, la naturaleza, lo vivo. A construir una lógica que parta de lo anti-instrumental, del deseo de crear una ética colectiva que se nutra de las emociones y del sentir juntos. “El campo de la bioética nos convoca a ese lugar de complejidad inaugurado por el acontecimiento de los grandes dilemas humanos” (Lima, 2011).

Es necesario rescatar nuestra verdad, superar la dificultad de representarnos a nosotros mismos, despojándonos de toda condición preestablecida de arbitrariedad y reducción de la estructura social, y hacernos conscientes de aquellas prácticas naturalizadas, impuestas por un ente dominante y obedecido por un dominado, que no es capaz de ver más allá y dar cuenta de su condición de oprimido y esclavo. Cuando se rescate aquella arte y cultura sensibilizada, con la suficiente lucidez para reconocer la alineación reinante, que sea capaz de mirar con el lente crítico la realidad que le acontece, la técnica convergerá con el arte, la verdad se encontrará con el bien, la ciencia dialogará con la ética, la bioética finalmente permeará en las ciencias de la salud. Gracia (2016) nos sitúa en contexto:

El debate ecoético, omnipresente desde la década de los setenta del siglo XX, seguirá siendo uno de los focos problemáticos más difíciles de dilucidar, pues, el cambio de paradigma exige un cambio de actitud frente a la naturaleza, pero también un nuevo modo de producción y de consumo. Mantener los niveles de calidad de vida, de comodidad y de confort tecnológico y, además, articular una relación sostenible con

el conjunto de la naturaleza no es un binomio fácil de mantener, pero resultará esencial hallar fórmulas sostenibles para todos (p. 4).

Lo descrito anteriormente nos revela la necesidad, cada vez más imperante de derrotar el fantasma férreo de la modernidad con su ideología mutilante y así alcanzar finalmente, una verdadera intervención de la bioética con miras a hacer de ella, un modelo de pensamiento transversal, en el que se logre un tejido ético-bioético en medicina y otras ramas de la salud, y que sirva de muro de contención de la ciencia y tecnología como factor de extinción de todo lo viviente.

Reflexiones finales

No es intención de este ensayo propiciar una bioética marcusiana. No es exactamente lo que la autora propone, sino más bien, en un intento de ser coherentes con los propósitos de la bioética y consecuentemente, de la ética médica, la propuesta consiste en dar prioridad de atención a los planteamientos de Marcuse, antes de continuar con la escritura, investigación y discurso en bioética. En concreto, el propósito trazado se encauza hacia la reflexión de la bioética desde la perspectiva socio-crítica –y en especial, de la marcusiana–, trascendiendo de las otras miradas paradigmáticas existentes. Se puede concluir que la bioética no será viable en tanto se continúe bajo el mismo escenario que dibujó Marcuse en sus tiempos de vida. Es por ello, que más allá de pretender hablar de una bioética marcusiana, se alienta a establecer los primeros pasos hacia el camino de la transición. Esta transición vendría dada por el cambio de conciencia, de sujetos unidimensionales a bidimensionales, esto es, despertar nuestra conciencia adormecida para dar apertura real a todo lo armonioso que nos puede proveer la disciplina integral de la bioética a nuestra existencia. Hace falta traer a la bioética, una teoría social crítica que tome en cuenta las

distorsiones que se dan producto de la alienación y de las prácticas naturalizadas. En este sentido, no hay desperdicio alguno en lo que nos aporta Marcuse (1964) en las siguientes líneas, haciendo referencia de aquel mundo pretecnológico, en el que contemplar la vida era una máxima:

Un mundo con la buena conciencia de la desigualdad y el esfuerzo, en el que el trabajo era todavía una desgracia del destino; pero un mundo en el que el hombre y la naturaleza todavía no estaban organizados como cosas e instrumentos. Con su código de formas y costumbres, con el estilo y el vocabulario de su literatura y su filosofía, esta cultura pasada expresaba el ritmo y el contenido de un universo en el que valles y bosques, pueblos y posadas, nobles y villanos, salones y cortes eran parte de la realidad experimentada. En el verso y la prosa de esta cultura pretecnológica está el ritmo de aquellos que peregrinan o pasean en carruajes, que tienen el tiempo y el placer de pensar, de contemplar, de sentir y narrar. Es una cultura retrasada y superada, y sólo los sueños y las regresiones infantiles pueden recuperarla. Pero esta cultura es también, en alguno de sus elementos decisivos, una cultura *posttecnológica*. Sus imágenes y posiciones más avanzadas parecen sobrevivir a su absorción dentro de las comodidades y los estímulos administrados; siguen seduciendo a la conciencia con la posibilidad de su renacimiento en la consumación del progreso técnico. Son expresión de esa libre y consciente alienación de las formas establecidas de vida con las que la literatura y el arte se oponían a esas formas, incluso cuando las adornaban (p. 89-90).

Es oportuno entonces, el reconocimiento de las grandes bondades de la modernidad, significando una época de grandes invenciones, pero también es propio mostrar que tras ella, se cultivaron intereses individualistas sobre los colectivos y por tanto, lo que en un principio representó luz para mujeres y hombres, hoy ya no lo es. Estamos en una era de estancamiento y de atentado a la vida misma y ha quedado claro por tanto, que la lucha es relativa a los intereses que se persiguen, y que al final de cuentas subyacen en la consecución de poder. El poder marcará la pauta a seguir, y hasta el momento, no le ha interesado construir ese gran puente, que en efecto, viene a ser la luz en nuestros tiempos: la bioética como el puente hacia el futuro (Potter, 1971).

Por lo que la premisa es repensar a la vida desde lo sociológico, desde el pensamiento dialéctico y socio-crítico, para poder avanzar en materia de bioética integral y en salud, cuestionando el papel de las instituciones, de los grupos de poder, del conocimiento dominante. Solo así, podremos dar *fin a la utopía*.

“Toda forma del mundo vital, toda transformación del contorno técnico y natural constituye una posibilidad real...Hoy podemos hacer del mundo un infierno y estamos, como ustedes saben, en el mejor camino para conseguirlo. Pero también podemos convertirlo en todo lo contrario”.

Herbert Marcuse, 1967. Fin de la utopía.

Referencias Bibliográficas

Abel, F. (2001). Bioética: orígenes, presente y futuro. Barcelona, España: IBB-Fundación Mapfre.

Bauman, Z. (2007). Vida de consumo. México: Fondo de cultura económica.

Beauchamp, T. y Childress, J. (2001). Principles of biomedical ethics [Libro en línea] New York, USA: Oxford University Press. Disponible: www.books.google.com [Consulta: 2013, Marzo 03]

Castillo, A. (2006). Bioética. Venezuela: Editorial DISINLIMED C.A.

Domínguez, M. (2014). Optimizando el comportamiento bioético clínico de estudiantes de odontología. Trabajo de Grado, Universidad de Carabobo.

Galafassi, G. (2004). Razón instrumental, dominación de la naturaleza y modernidad: la teoría crítica de Max Horkheimer y Theodor Adorno. Rev Theomai. Disponible: [http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero9/artgalafassi\(rankf\)9.htm](http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero9/artgalafassi(rankf)9.htm).

Gamero, J. (2005). La bioética y los cambios en la relación clínica. En: Castaño A y Doldán J, editores. Manual de introducción a la odontología. España: Ripano editorial médica. p. 233-236.

Gracia, D. (2016). Investigación clínica: Avances y perspectivas. Revista Iberoamericana de Bioética, p. 1-4.

Jahr, F. (1927). BioEthik: Eine Umschau über die ethischen Beziehungen des Menschen zu Tier und Pflanze. Kosmos: Handweiser für Naturfreunde 24 (1): 2-4.

Lander, E. (2008). La ciencia neoliberal. En R. Lanz (Comp.), Ni una sola ciencia. Ni una sola técnica (pp. 41-85). Caracas, Venezuela: Ediciones Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología.

Lepe Carrión, P (2009). La teoría crítica de la sociedad de Habermas de Enrique Menéndez. Madrid, España: Cuadernos de materiales.

- Lima, N. (2011). Las raíces europeas de la bioética: Fritz Jahr y el Parsifal, de Wagner. *Ética y cine Journal* 1 (1); p. 45-49.
- Lorenzo, C. (2011). La teoría crítica como fundamento epistemológico de la bioética: una propuesta. *Revista Colombiana de Bioética*; 6(2), p. 118-127.
- Marcuse, H. (1964). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona, España: Editorial Ariel, S.A.
- _____. (1967). *El final de la utopía*. Berlín, Alemania: Verlag. Nue Kritik.
- _____. (2000). *Reason and revolution*. London, England: Routledge.
- _____. (2013). *One-Dimensional Man. Studies in the ideology of advanced industrial society*. London, England and New York, USA: Routledge.
- Osorio, F. (2014). *Epistemología y ciencias sociales. Ensayos latinoamericanos*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.
- Potter, V. (1971). *Bioethics. Bridge to the future*. New Jersey, USA: Prentice-Hall Inc.
- Roa-Castellanos, R. y Bauer, C. (2009). Traducción de los textos sobre el Imperativo bioético y la biopsicología de Fritz Jahr (1929-1933). *Revista Latinoamericana de Bioética*, 9(2), p- 93-105.
- Sapag-Hagar, M. (2009). *Bioética: al encuentro de una conciencia. Bioética para farmacéuticos, bioquímicos y médicos. Escritos de Bioética N°3*. Chile: Centro Interdisciplinario de Estudios en Bioética (CIEB), Universidad de Chile.
- Torralba, F. (2016). Grandes desafíos de la bioética. *Escenarios de futuro. Revista Iberoamericana de Bioética* N°1 p. 1-12.
- Vega Carballo, J. (1970). Hegel y la teoría crítica de Herbert Marcuse. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* VIII (26), p. 45-54.
- Yuni, J y Urbano, C (2005). *Mapas y herramientas para conocer la escuela. Investigación etnográfica. Investigación-Acción*. Argentina - Venezuela: Editorial Brujas.

